



CONGRESO DE VERONA

GUERRA DE ESPAÑA

NEGOCIACIONES - COLONIAS ESPAÑOLAS

François René de Chateaubriand

Como menciona Josep Fontana en el prólogo que hace a esta edición: «Este *Congreso de Verona* es un documento histórico importante: una referencia histórica indispensable para el estudio de los acontecimientos que se produjeron entre 1822 y 1824 y que significaron para España el fin del trienio liberal y el retorno al absolutismo. Pero es un documento que tiene como objeto central, como ocurre con la mayor parte de su obra literaria, al propio Chateaubriand, que se siente injustamente valorado en la época en que le ha tocado vivir y le ofrece a la posteridad un monumento dedicado a sí mismo». Nos encontramos con un texto interesante, no sólo por lo que el propio Chateaubriand nos cuenta, también porque gracias al mismo encontramos las raíces de lo que aconteció en ese período tan fundamental de la historia de España. Es este, pues, un documento tanto histórico como literario que nos ofrece una visión, aun siendo interesada como bien documenta Fontana en su texto, de una importancia evidente, y en el que el autor de las *Memorias de ultratumba* nos deja apreciar el estilo que más tarde le encumbraría.

Prólogo

La «guerra de España» fue el momento de gloria de Chateaubriand, la gran realización que llevó a cabo en el año y medio (28 de diciembre de 1822-6 de junio de 1824) en que pudo disfrutar del poder que otorgaba el cargo de ministro. Muy poco para un balance final de ochenta años de vida y de ambiciones frustradas. De ahí que le dedicara esta extensa compilación de recuerdos y documentos, a los que remitió más adelante en sus *Memorias de ultratumba*, donde iba a limitarse a recordar los méritos que se atribuía en relación con este episodio: «Mi guerra de España, el gran acontecimiento político de mi vida, fue una empresa gigantesca. La legitimidad iba por primera vez a quemar la pólvora bajo la bandera blanca [de los Borbones], a disparar su primer cañonazo, tras los cañonazos del imperio que se seguirán oyendo hasta la última posteridad. Cruzar de un paso las Españas, tener éxito en el mismo suelo en que antes los ejércitos de un conquistador [Napoleón] habían fracasado, realizar en seis meses lo que él no pudo realizar en siete años, ¿quién hubiese podido pretender un prodigio semejante? Esto es precisamente lo que yo he realizado»[1].

Pero ni la «guerra de España» era *suya*, ni fue la epopeya decisiva que pretende hacernos creer. Este *Congreso de Verona* es un documento histórico importante: una referencia histórica indispensable para el estudio de los acontecimientos que se produjeron entre 1822 y 1824 y que significaron para España el fin del trienio liberal y el retorno al ab-

solutismo. Pero es un documento que tiene como objeto central, como ocurre con la mayor parte de su obra literaria, al propio Chateaubriand, que se siente injustamente valorado en la época en que le ha tocado vivir y le ofrece a la posteridad un monumento dedicado a sí mismo. Véase, si no, cómo se preocupa por reproducir todas las cartas de felicitación que ha recibido por su éxito en España y todas las condecoraciones que se le han otorgado. O, más significativamente aún, la forma en que concluye este libro: «La fortuna (...) me escogió para hacerme cargo de la poderosa aventura que, bajo la Restauración, hubiera podido renovar la faz del mundo». Le enfrentó como adversario «a los dos grandes ministros de esa época, el príncipe de Metternich y el Sr. Canning y me hizo ganarles la partida». «Hombre de acción, hombre de pensamiento, he puesto mi grano de arena en el tiempo».

La realidad histórica le desmiente, sobre todo en cuanto se refiere al papel desempeñado por el héroe central de su relato. Para empezar, Chateaubriand había acudido al Congreso de Verona como un mero acompañante. No había podido participar hasta entonces en estos congresos de la Santa alianza en que los príncipes de Europa «se divertían y se repartían algunos países» y soñaba, desde la embajada de Londres, en que se le permitiese acudir al que se había convocado en Verona, para lo cual no cesó de intrigar hasta que consiguió que se le invitase a formar parte de una amplia representación francesa, integrada por más de treinta miembros, que iba a estar dirigida por el ministro de Asuntos exteriores Montmorency^[2].

En Verona no fue, como podría pensarse al leer su relato, el centro de las negociaciones, sino tan solo un comparso al que nadie prestó mucha atención: «un niño de cincuenta años que balbucea acerca de política», según afirmaba su odiado enemigo Pozzo di Borgo. Lo que más debió dolerle fue no haber conseguido brillar en el salón más concurrido del congreso, el de Dorotea Benckendorf, con-

desa de Lieven, esposa del embajador del imperio ruso en Londres y amante de Metternich, además de serlo de otros muchos personajes de su tiempo (finalmente, pasados ya los cincuenta años de edad, se convertiría en la compañera fiel de Guizot). De ahí el recuerdo hostil que nos dejó de este salón: «Hay cada noche una reunión política en casa de esa malvada criatura, la condesa de Lieven: allí se murmura por los rincones o bien Metternich explica en voz alta la forma de hacer macarrones». A lo que añade. «¿La conclusión de todo esto, diréis, es que no tengo éxito alguno? Ninguno, en absoluto, pero tampoco tengo un “no-éxito”; se me trata al igual que a todos mis colegas. El hecho es que el señor Metternich me tiene miedo».

Pero si en Verona no consiguió lucir, lo ocurrido en el congreso le dio la gran oportunidad de su vida. Montmorency no cumplió satisfactoriamente las instrucciones que llevaba de su jefe de gobierno, Villèle, quien no quería verse obligado a intervenir en España, sino que cediendo, por una parte, a las presiones de la sociedad secreta de los «Caballeros de la fe», que eran partidarios de la intervención, y ansioso, por otra, de terminar cuanto antes su misión en el congreso, por motivos personales^[3], precipitó las discusiones sobre este punto y se dejó atrapar en una resolución que no dejaba claros cuáles eran los compromisos que asumían los franceses.

Tan confusa era la actuación de Montmorency que, a su regreso de Verona, fue premiado con la concesión de un título de duque hasta que, al percatarse de que «se había dejado llevar a compromisos que no estaba autorizado a contraer», se vio obligado a dimitir. Fue esta dimisión la que le dio a Chateaubriand la oportunidad de acceder al ministerio de Asuntos exteriores, para el que fue nombrado por Villèle, a pesar de que el rey no le tenía simpatía alguna, con la intención de congraciarse con los ultras. Pese a que el propio Chateaubriand le había asegurado a Montmorency dos días antes que no iba a optar a su cargo, se

apresuró a aceptar el ministerio que se le ofrecía. No podía desaprovechar la gran oportunidad de su vida^[4].

Villèle trató de evitar una intervención militar esforzándose en convencer a los liberales españoles para que introdujeran unas modificaciones constitucionales con el fin de satisfacer las exigencias de los gobiernos de la Santa alianza. Pero ni unos liberales divididos en facciones ferozmente enfrentadas entre sí, ni un Fernando VII que era incapaz de entender que las cosas fuesen a mejorar con una segunda cámara parlamentaria —lo que realmente quería era que le devolviesen el poder absoluto— permitieron que el intento llegase a buen fin.

De modo que el 7 de abril de 1823 los «cien mil hijos de San Luis» iniciaron la invasión de suelo español, que iba a ser, esta vez, muy distinta a la de 1808. Puesto que mientras los ejércitos de Napoleón vivían sobre el terreno, los de Luis XVIII hicieron un enorme aprovisionamiento previo en suelo francés, que se encargarían de transportar 2900 caballos y 3300 mulas, y una vez en España pagaban escrupulosamente cuanto necesitaban, lo que dio lugar a que los campesinos hicieran negocio esta vez a costa de sus invasores.

Los franceses acabaron consiguiendo la victoria sin haber librado una sola batalla digna de este nombre ni haber conquistado ninguna ciudad amurallada. Los generales que habían de defender al régimen constitucional español lo traicionaron, con pocas excepciones, como las de Riego y Mina. Cádiz se rindió finalmente sin oponer resistencia y, un mes más tarde, Chateaubriand escribía: «¿Hay algo más sorprendente que el desenlace de la guerra actual? Las cortes encerradas en Cádiz podían defenderse, huir por mar o entregarse a todos los excesos (...), pero, de pronto, abren las puertas sin tratados, sin reserva de ningún tipo, y nos ponen en las manos al rey y a la familia real».

No había tal misterio. Los archivos de los Rothschild contienen órdenes de pago en favor de diversos miembros

de las cortes y de otros jefes constitucionales, y hay testimonios que aseguran que se repartieron más de cuatro millones de francos «entre los diferentes personajes militares y políticos que decidieron la rendición de Cádiz». A la larga la guerra de España, para la que Chateaubriand había pedido cien millones de francos, acabó costándole a la monarquía francesa más de doscientos millones, con los que pagó el precio de un falso triunfo militar: un incidente de menor importancia, como el del paso del Trocadero, quedaría reflejado en la geografía urbana de París como si se tratase de una de las grandes victorias de Napoleón.

Mientras tanto, Chateaubriand, que aspiraba a convertir a la monarquía española en una especie de satélite de Francia, trataba de manejar los asuntos políticos españoles desde París y daba instrucciones al embajador Talaru para que se impusiera sin ningún miramiento a los españoles, de los que siempre habla con desprecio en su correspondencia privada. Le decía, por ejemplo, que a Sáez, confesor de Fernando VII y jefe del gobierno, había que amenazarle con retirar las tropas francesas: «¿Que será del confesor, de los inquisidores y de todo el resto, si nos retiramos al otro lado del Ebro?», lo que da que dudar, de paso, acerca de sus conocimientos geográficos.

Más adelante, y en vista de que las cosas no funcionaban, le dirá: «Sed un buen hombre, excepto para los españoles, a los que es preciso que habléis como un amo. Sois un verdadero rey, ya que disponéis de cuarenta y cinco mil hombres, y uniendo la maña a la fuerza os haréis obedecer». Una de las actuaciones a que había invitado a Talaru era a cambiar el gobierno español, puesto que el que estaba en aquellos momentos en el poder, presidido por el confesor del rey, no agradaba a las potencias de la Santa alianza, que no querían «un gobierno de frailes», sino uno que asegurase la estabilidad del país y no les obligase a intervenir de nuevo para restablecer el orden.

Talaru había comenzado en efecto las gestiones para imponer a Fernando VII un gobierno más moderado, y había comunicado a París su proyecto, pero tanto él como Chateaubriand se vieron sorprendidos cuando Fernando nombró por su cuenta, el 3 de diciembre de 1823, un nuevo gobierno de carácter más moderado.

Chateaubriand, que se consideraba el centro del mundo y quería ser el protagonista de todos los acontecimientos, en especial de los que tenían lugar en España, donde consideraba efectivamente que era, como le había escrito a Talaru, «el amo», no entendía lo que había sucedido. «Hay algo que no comprendo —le escribía pocos días después—. Si el cambio de ministros ha sido provocado por un golpe de la camarilla, ¿cómo es posible que esos hombres sean moderados, o incluso semiliberales?».

Nos parece hoy increíble que a los franceses les hubiese pasado por alto que había sido el enviado ruso, Pozzo di Borgo, que estaba en Madrid desde finales de octubre y que había mantenido toda una serie de entrevistas con el rey y con el confesor y jefe del gobierno, quien había conseguido imponerle el cambio a Fernando. Fue además el propio Pozzo quien le dijo al rey que convenía que llamase en seguida al embajador francés y le dijera: «"Ya he mudado el ministerio, nombrando a fulano y zutano"; que se lo decía S. M. para que supiera que eran los deseos de la Francia, y que el mismo embajador conocía que no podía estar un cura en el ministerio. Añadió Pozzo di Borgo que daba este consejo para que no se incomodase el embajador de no saberlo antes que por la *Gazeta*».

Pero es que por estos días Chateaubriand estaba preocupado por otras cosas que le parecían más importantes que la política española. Había recibido del zar de Rusia la cruz de la gran orden de San Andrés y Luis XVIII quiso compensar a Villèle, de quien el zar se había olvidado, otorgándole una distinción más alta. Un Chateaubriand celoso escribirá: «El señor de Villèle tenía todo el derecho del mun-

do a esta distinción, pero el objetivo del rey era herirme. Me menospreciaba: me importan tanto las bandas como los nudos de la cinta de Leandro; yo no me mido por el largo de una banda de seda, pero soy sensible a la injuria cuando parte de los altos». Estuvo ahora tentado de dimitir; pero se contuvo. Pocos meses después lo iban a echar.

Josep FONTANA

TOMO I
Congreso de Verona

Preámbulo

Parece ser que, con poco tino, se ha confundido este relato del *Congreso de Verona* y de la *Guerra de España* con las *Memorias* que no deben aparecer hasta después de mi muerte; no cuento ahora más que aquello que puedo decir en vida, el resto me lo llevo a la tumba.

Mi obra actual constituye su propio prefacio. Mi vida literaria es bastante conocida, pero nunca he mencionado mi vida política; hablo de ella aquí por primera y última vez: se reduce a mi carrera como ministro.

Al narrar como hombre *público* el mayor acontecimiento de la Restauración, me he visto obligado a sacar a colación a los hombres públicos con los que tuve alguna relación. Pero pueden estar tranquilos, pues me he sacrificado yo solo. Si bien es cierto que he mantenido, en estos documentos, los elogios que me hacían —y que yo no merecía—, también he narrado las críticas que se me han hecho sin atenuarlas: ya que escribía Historia, he adoptado respecto a mi persona la imparcialidad del historiador. A fin de cuentas, no concedo importancia alguna a nada.

El éxito de esta obra conllevaría una revolución en la manera en que se ha juzgado una época memorable de nuestros anales. El cometido es arduo. ¿Debo contar con el éxito? Me enfrento al amor propio, y la vanidad del hombre rara vez reconoce haberse equivocado. Se habrá de creer que el Congreso de Verona nunca quiso la guerra, que la intervención en España fue una intervención que obedecía a los intereses de Francia, y que la ordenanza de Andújar, aun siendo tan hermosa filosóficamente, fue un error políti-

co. En una palabra, se habrá de creer lo contrario de lo que se ha creído. ¿Qué le vamos a hacer? Las pruebas están ahí, y no se pueden negar los documentos auténticos. No niego haber sido el principal artífice de la Guerra de España. Si por casualidad he llevado alguna vez la razón frente a la mayoría, condenadme: estaréis condenando los hechos.

No sé si es necesario explicar que al hablar de mí he empleado en algunas ocasiones el pronombre *nosotros* y en otras *yo*; el *nosotros* en calidad de representante de una opinión, y el *yo* al aparecer personalmente en escena o expresar un sentimiento individual. El *yo* resulta chocante por lo orgulloso, y el *nosotros* resulta un poco jansenista y realista. Basta con estar prevenido de esta mezcla de pronombres; quizá se corrijan el uno al otro^[1].

Preliminares

Siendo embajador en Londres en 1822, estaba preparado para dirigirme a Verona como uno de los representantes de Francia. No obstante, antes de entrar en los detalles de ese congreso, de los asuntos que se trataron y de los acontecimientos que ocurrieron después, me veo obligado a echar la vista atrás. El Sr. de Martignac, que trató el tema de la Guerra de España de la que vamos a hablar, comprendió la necesidad de establecer los antecedentes. Imparcial y moderado, admiraba la tan mal considerada operación de España, y sin embargo ni siquiera él mismo se percataba de todo su alcance. El único volumen que publicó merece ser leído: se trata de una obra llena de interés y de sabiduría, de estilo correcto, elegante, melodioso y algo triste. El autor va a morir, y su relato nos conmueve y cautiva como los últimos sonos de una voz que no oiremos más.

Capítulo I

España

Tratado entre Bonaparte y Carlos IV. Godoy. Los príncipes en Bayona. Murat en Madrid. Su retrato. Insurrección. Murat y José intercambian sus coronas

Desde la segunda mitad del siglo xv hasta el principio del siglo xvii España fue la nación más importante de Europa. Dotó de un Nuevo Mundo al universo, sus aventureros fueron grandes hombres, sus capitanes se convirtieron en los mejores generales de la Tierra, impuso a las demás cortes su estilo y hasta su manera de vestir. Reinaba en los Países Bajos por matrimonio, en Italia y en Portugal por conquista, en Alemania por elección y en Francia por nuestras guerras civiles, y amenazaba la existencia de Inglaterra tras desposar a la hija de Enrique VIII. Vio a nuestros reyes en sus cárceles y a sus soldados en París; gracias a su lengua y a su espíritu tuvimos a Corneille. Y finalmente cayó; su célebre infantería murió en Rocroi, de la mano del Gran Condé. Pero España no expiró hasta que Ana de Austria dio a luz a Luis XIV, que fue como la propia España trasladada al trono de Francia, en tanto que el sol no se ponía sobre las tierras de Carlos V.

Ante sus despojos, es triste recordar lo que fueron estas dos monarquías. Vuelven dolorosamente a la memoria las palabras del gran Bossuet^[2]: «Pacífica isla donde deben acabarse las disputas entre dos grandes imperios a los que sirves de límite, isla por siempre memorable; augusta jorna-

da, en la que dos naciones orgullosas, enemigas durante mucho tiempo y ahora reconciliadas, avanzan más allá de sus confines, con sus reyes a la cabeza, ya no para batirse; fiestas sagradas, feliz matrimonio, velo nupcial, bendición, sacrificio, ¿puedo acaso mezclar hoy vuestras ceremonias y vuestras pompas con las pompas fúnebres, mezclar el colmo de las grandezas con sus ruinas?»^[3].

Bajo la familia de Luis el Grande^[4], España se encerró en la Península hasta el comienzo de la Revolución. Su embajador quiso salvar a Luis XVI, pero no pudo; Dios atraía a su lado al mártir: no es posible cambiar los designios de la Providencia en el momento de la transformación de los pueblos.

Carlos IV fue llamado al trono en 1778; entonces apareció Godoy, un desconocido a quien hemos visto cultivar melones después de haber tirado por la ventana todo un reino. Favorito de la reina María Luisa, Godoy satisfizo al rey Carlos: éste no sentía lo que era, ni aquél lo que había hecho; estaban pues unidos por naturaleza. Hay dos maneras de despreciar los imperios: por la grandeza o por la miseria; el sol alumbró igualmente a Diocleciano en Salona y a Carlos en Compiègne.

Inicialmente España declaró la guerra a la República, y más tarde firmó la paz en Bâle. Desde entonces Godoy defendió los intereses de Francia. Los españoles lo detestaron y se aferraron al Príncipe de Asturias, que tampoco era mejor.

Un día, en 1807, me hallaba paseando a orillas del Tajo en los jardines de Aranjuez, y apareció Fernando, a caballo, acompañado por Don Carlos. Él no podía sospechar entonces que ese peregrino de Tierra Santa que lo veía pasar contribuiría algún día a devolverle su corona.

Bonaparte, después de sus éxitos en el Norte, se volvió al mediodía; para invadir Portugal, protectorado de Inglaterra, se puso de acuerdo con Godoy. Un tratado firmado en Fontainebleau el 29 de octubre de 1806 reguló la marcha